

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

LA REGENTA

INTRODUCCIÓN

DE

JORGE IBARGUENGOITIA

Tercera Edición



EDITORIAL PORRÚA, S. A.
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO - 1981

Primera edición: Barcelona, 1884-1885
Primera edición en la Colección "Sepan Cuantos...", 1972

Derechos reservados

La introducción y las características de esta edición
son propiedad de la

EDITORIAL PORRUA, S. A.
Av. República Argentina, 15, México 1, D. F.

Copyright © 1981

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN - 968-432-681-5

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

INTRODUCCIÓN

bildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era de *la tralla*, según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólitó en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático de *la tralla* disfrutaba algunos días la honrra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la Wamba con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro —así se decía—, Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio, ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba acomodado a una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo a la plazuela; y si se le antojaba, disparaba chinitas sobre algún raro transeunte, que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía a la cabeza a los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

—¡Mía tú, Chiripa, que dice que pué más que yo! —dijo el monaguillo, casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y po-drida a la calle apuntando a un canónigo, pero seguro de no tocarle. —¡Qué ha de poder! —respondió Bismarck, que en el campanario adulaba a Celedonio y en la calle le trataba a puntapiés y le arrancaba a viva fuerza las llaves para subir a tocar las oraciones. — Tú pués más que que toos los delanteros, menos yo.

—Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande. . . Mía, chico, ¿quién es que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

—¿Le conoces tú desde ahí?

—Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mía, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa-tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficiado a don Pedro el campanero el otro día: "Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca", y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasado don Fermín: "¡Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorette!" ¿Que te paece, chico?, ¿se pinta la cara!

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dinidada* (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos, don Pedro. . . ¡ay Dios!, entonces no se hablaba más que con el Obispo y el señor Roque, el mayoral del correo.

—Pues, chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficiado que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos, achantarse, y aguantar una bofetá si a mano viene; y si no, ahí está el Papa, que es. . . , no sé cómo dijo. . . , así. . . , una cosa como. . . el crio de toos los criaos.

—Eso será de boquirris —replicó Bismarck.— ¡Mía tú el Papa que vi manda más que el rey! Y que le vi yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcus* (curas según Bismarck), y lo cual que le iban es-pantando las moscas con un pataguas, que parecía cosa del teatro. . . hombre. . . ¡si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente a ciertas bofetadas probables *pa en* bajando.

Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

—¡El Laudes! —gritó Celedonio—; toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembió el aire, y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera a dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vetusta a la tierra vecina y a los extensos campos, que brillaban a lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el otoño. Los prados renacían, la hierba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de septiembre. Los castañedos, robledales y pomares, que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por tierra y valle, reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un finte rojizo aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al noroeste, y por el sur, que dejaba libre a la vista, se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla, que deslumbraba como polvareda luminosa. Al norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban, como naves, ligeras, nubecillas de un dorado pálido. Un jirón de la más leve parecía la luna,

apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los uedos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores sin nombre exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.

Alguien subía por el caracol. Los dos pilletes se miraron estupefactos. ¿Quién era el osado?

—¿Será Chiripa? —preguntó Celedonio entre airado y temeroso.

—No; es un *carca*, ¿no oyes el manteo?

Bismarck tenía razón; el roce de la tela con la piedra producía un rumor silbante, como el de una voz apagada que impusiera silencio. El manteo apareció por escotillón; era el de don Fermín de Pas, magistral de aquella santa iglesia catedral y sintió escalofríos. Pensó:

“¿Vendrá a pegarnos?”

No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. A todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingotados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerrogativa; no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes y los polizontes. Se aventó a esta ley, cuyos efectos procuraba evitar. Si él hubiera sido señor, al calde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande en suma, hubiera hecho lo mismo: ¡dar cada puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los *mainates* de Vetusta.

Pero allí no había modo de escapar. O tirarse por una ventana, o esperar el nublado. El caracol estaba

interceptado por el canónigo. Bismarck no tuvo más recurso que hacerse un ojillo, esconderse detrás de la Wamba, encaramado en una viga, y aguardar así los acontecimientos.

Celedonio no extrañaba aquella visita. Recordaba haber visto muchas tardes al señor Magistral subir a la torre antes o después de coro. ¿Qué iba a hacer allí aquel señor tan respetable? Esto preguntaban los ojos del delantero a los del acólito. También lo sabía Celedonio, pero callaba y sonreía, complaciéndose en el pavor de su amigo.

El continente altivo del monaguillo se había convertido en humilde actitud. Su rostro se había revestido de repente de la expresión oficial. Celedonio tenía doce o trece años y ya sabía ajustar los músculos de su cara de chato a las exigencias de la liturgia. Sus ojos eran grandes, de un castaño sucio, y cuando el pillastre se creía en funciones eclesiásticas los movía con afectación, de abajo arriba, de arriba abajo, imitando a muchos sacerdotes y beatas que conciencia y trataba.

Pero, sin pensarlo, daba una intención lúbrica y cínica a su mirada, como una meretriz de calleja, que anuncia su triste comercio con los ojos sin que la policía pueda reinvindicar los derechos de la moral pública. La boca muy abierta y desdentada seguía a su manera los aspavientos de los ojos; y Celedonio en su expresión de humildad beatífica pasaba del feo tolerable al feo asqueroso.

Así como en las mujeres de su edad se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima perversion de instintos naturales, provocada ya por aberraciones de una educación torcida. Cuando quería imitar, bajo la sota-na manchada de cera, los acompañados y ondulantes movimientos de

don Anacleto, familiar del Obispo —creyendo manifestar así su vocación—, Celedonio se movía y gesticulaba como hembra desfachatada sirena de cuartel. Esto ya lo había notado el *Palomo*, empleado laico de la catedral, perrero, según mal nombre de su oficio. Pero no se había atrevido a comunicar sus aprensiones a ningún superior, obediendo a un criterio merced al cual había desempeñado treinta años seguidos con dignidad y prestigio sus funciones complejas de aseó y vigilancia.

En presencia del Magistral, Celedonio había cruzado los brazos e inclinado la cabeza, después de aparecerse de la ventana. Aquel don Fermín que allí abajo en la calle de la Rúa parecía un escarabajo, ¡qué grande se mostraba ahora a los ojos humillados del monaguillo y a los aterrados ojos de su compañero! Celedonio apenas le llegaba a la cintura al canónigo. Veía enfrente de sí la sotana tersa de pliegues esculturicos, rectos, simétricos, una sotana de medio tiempo, de rico castor delgado, y sobre ella flotaba el manto de seda, abundante, de muchos pliegues y vuelos.

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos, y los admiraba. ¡Aquello era señorial! ¡Ni una mancha! Los pies parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina, y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media.

Si los pilletes hubieran osado mirar cara a cara a don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; al notar la presencia de los campaneros, levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad respaldada en la mirada y una bondad estereotipada en los labios. Tenía razón el delantero: De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efec-

to, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin atearlo, había un ligero encarnado que a veces tiraba al color del alcazuello y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor o de ver-güenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; a unos les daba miedo, a otros asco; pero cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios, largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba que tendía a subir, amenazando para la vejez, aún lejana, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencia de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios

guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba, puntiaguda y levantisca, semejava el candado de aquel tesoro. La cabeza, pequeña y bien formada de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido, y a lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta.

Como si se tratara de un personaje, el Magistral saludó a Celedonio doblando graciosamente el cuerpo y extendiendo hacia él la mano derecha, blanca, fina, de muy afilados dedos, no menos cuidada que si fuera la de aristocrática señora. Celedonio contestó con una genuflexión como las de ayudar a misa.

Bismarck, oculto, vio con espanto que el canónigo sacaba de un bolsillo interior de la sotana un tubo que a él le pareció de oro. Vio que el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luego en tres, todos seguidos, pegados. Indudablemente, aquello era un cañón chico, suficiente para acabar con un delantero tan insignificante como él. No; era un fusil, porque el Magistral lo acercaba a la cara y hacía con él puntería. Bismarck respiró: no iba con su per-sonilla aquel disparo; apuntaba el carca hacia la calle, asomado a una ventana. El acólito, de puntillas, sin hacer ruido, se había acercado por detrás al Provisor y procuraba seguir la dirección del catalejo. Celedonio era un monaguillo de mundo, entraba como amigo de confianza en las mejores casas de Vetusta, y si supiera que Bismarck tomaba un anteojo por un fusil, se le reiría en las narices.

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés, y

por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía, más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que le daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, contemplar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos ardor. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. Solía hacerlo a la hora del coro, por la mañana o por la tarde, según le convenía. Celedonio, que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el antejo del Provisor, sabía que era de poderosa atracción; desde los segundos corredores, mucho más altos que campanario, había él visto perfectamente a la Regenta, una guapísima señora, pasearse, leyendo un

libro, por su huerta, que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel antejo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto a la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas de marfil rodando por la mesa. Y sin el antejo, ¡quién!, en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera. Mientras el acólito hablaba, así, en voz baja, a Bismarck, que se había atrevido a acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad, escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba a los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas, su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo, sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora, con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba a ellos.

Como recuerdos de un poema heroico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición había pintado en su fantasía; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical en Toledo y asistiendo en Roma a un conclave de cardenales. Ni la tiara le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños, según pasaba el tiempo, se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. "Así van las perspectivas de la esperanza —pensaba el Magistral—; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñado que se queda atrás, en el lejano día del sueño..." No renunciaba a subir, a llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la ambición a largo plazo, propias de la juventud. Había llegado a los treinta y cinco años, y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos, pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abraza y se satisface en el charco impuro sin aguardar a descubrir la fuente que está lejos, en lugar desconocido.

Sin confesárselo, sentía a veces desmayos de la voluntad y de la fe en sí mismo que le daban escalofríos; pensaba en tales momentos que acaso él no sería jamás nada de aquello a que había aspirado, que tal vez el límite de su carrera sería el estado actual o un mal obispado en la vejez, todo un sarcasmo. Cuando estas ideas le sobrecogían, para vencerlas y olvidarlas se entregaba con furor al goce de lo presente, del poderío que tenía en la mano; devoraba su presa, la Vetusta le-

vítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arroja.

Concentrada su ambición entonces en punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por Su Ilustrísima.

Estas crisis de ánimo solían provocarlas noticias del personal: el nombramiento de un obispo joven, por ejemplo. Echaba sus cuentas: él estaba muy atrasado, no podría llegar a ciertas grandezas de la jerarquía. Esto pensaba, en tanto que el beneficiado don Custodio le aborrecía principalmente porque era magistral desde los treinta.

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devolver él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necesarios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios, y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar. Cuando era su ambición de joven la que chisporroteaba en su alma, don Fermín encontraba es-trecho el recinto de Vetusta; él, que había predicado en Roma, que había olfateado y gustado el incienso de la alabanza en muy altas regio-